



la enseñanza en la Universidad

Lic. Manuel Quaranta | UNR

No cabe ninguna duda —siempre hay lugar para una— que la Universidad es un legado europeo, y un poco más allá, nuestro contacto actual y latinoamericano con la filosofía griega. ¿Es este suficiente argumento para negar lo que en esta institución se produce? ¿Representa la Universidad una acción a distancia de los colonizadores que aún perdura? ¿Se reproducen, más que producen, en sus salones y pasillos, los saberes hegemónicos? Las tres preguntas podrían tener un sí como respuesta. Claro, un sí no se le niega a nadie. Sin embargo, en este breve texto nos proponemos revalidar un desgastado título que sufre ataques desenfundados desde los puntos de vista más variados.

El título: La enseñanza en la Universidad. Aquí una modificación resulta imprescindible si el fin es recubrir de un matiz de dinamismo a la cuestión. El sustantivo “enseñanza” deviene verbo, enseñar, una acción que se lleva a cabo día a día en los más diversos ámbitos, un contacto directo con el otro, con la diferencia, con-

siguismo. En nuestro caso, atravesados por la particularidad de la disciplina de la que nos hacemos cargo: la filosofía.

Según la RAE existen seis acepciones posibles para el término enseñar, de las cuales nos interesan dos; la primera: enseñar es mostrar, indicar, marcar un recorrido; como un guía que dice: “allí” y señala con su índice. Pero ¿quién tiene la suficiente claridad para señalarle el camino a otro? Esta pregunta compromete a la segunda acepción: dejar aparecer, dejar ver algo involuntariamente. Un acontecimiento se produce. Imprevisto, fuera de toda organización, casi accidental; como si no se advirtiera que uno está enseñando, como si aquello que emergiera no estuviese destinado a aparecer: eso podría ser enseñar.

En ¿Qué significa pensar? el filósofo alemán Martín Heidegger ofrece una definición más precisa del acto:

“En efecto, enseñar es aun más difícil que aprender. Se sabe esto muy bien, mas pocas veces se lo tiene en

Este texto se da en el marco del proyecto de investigación “Nuevos itinerarios para la enseñanza de la filosofía en el nivel terciario (superior y universitario)” dirigido por la Lic. Ana María Sardisco. Grupo integrado además por: Guillermo Finochetto y Gerardo Boteri.

cuenta. ¿Por qué es más difícil enseñar que aprender? No porque el maestro debe poseer un mayor caudal de conocimientos y tenerlos siempre a disposición. El enseñar es más difícil que aprender porque enseñar significa: dejar aprender. Más aún: el verdadero maestro no deja aprender nada más que ‘el aprender’. Por eso también su obrar produce a menudo la impresión de que propiamente no se aprende nada de él, si por ‘aprender’ se entiende nada más que la obtención de conocimientos útiles” (1972: 20).

Ahora bien, enseñar en la Universidad, en primera instancia, es algo distinto. En la Universidad hay horarios que cumplir, parciales que rendir, programas que respetar, planillas que completar, autoridades, tramitas políticas, conflictos, etc. Pero ¿es esto lo único que tiene para ofrecer la Universidad? ¿Es lícito despreciar este ámbito por motivos burocráticos? ¿Seguir ciertas normas corrompe una institución cultural y a sus integrantes?

Lo que nosotros proponemos en este artículo es continuar con ese legado irremediamente europeo, colonizador e imperialista, si se quiere, que es la Universidad pero con la plena conciencia de sus limitaciones, fracasos y enormes posibilidades de poner

cotidianamente en jaque sus propios presupuestos. Esto, como un modo de avanzar, de horadar, incluso, los lugares más anquilosados de la Universidad e insistir que, a pesar del orden imperante, puede abrirse un intersticio, emerger un acontecimiento, aquello imprevisible incluso para aquel que lo proyecta. A tal fin recogemos dos o tres reflexiones sobre el tema que Jacques Derrida produjo en una entrevista otorgada, literalmente, en su lecho de muerte¹.

La Universidad, lo dijimos, es acusada por vastos sectores. El peso de éstas recae, sobre todo, en facultades que no se dedican a la producción de elementos rápidamente capacitados para introducirse en el mercado laboral. Pocos denuncian a Ciencias Económicas como un sobrante, un presupuesto dilapidado, un resto. Sin embargo en nuestras huestes los reproches llueven y no sólo desde aquellos que pretenden cerrar la Facultad de Psicología por ejercer ilegalmente la brujería (el nombre propio sobra) sino además por los que constantemente frecuentan el lugar común de que en la Universidad se cierran e inhiben todos los circuitos críticos. Llama la atención que muchos de los que así opinan, justamente, estén por fuera de la academia, en una especie de razonamiento resentido. Aunque mu-

cho más atrae la atención el gran número de aquellos que dentro de la propia institución levantan el grito, y con razón, en la mayoría de las ocasiones. Y este último hecho es el que cobra relevancia junto a los dichos del filósofo francés que a días de su muerte aclara que su relación con la Universidad siempre fue conflictiva pero que sin embargo su objetivo último debe quedar en pie pese a todos los inconvenientes: “Organizar la búsqueda de la verdad sin condiciones” (2007: 46); la afirmación recobra una tradición en la que se puede inscribir, entre otros, al pensador alemán Friedrich Nietzsche y, remontándonos mucho más atrás en el tiempo, al mismo Edipo. El filósofo debe ser como el hijo de Yocasta: “Aquel de vosotros que sepa por obra de quién murió Layo, el hijo de Lábdaco, le ordeno que me lo revele todo” (Sófocles, 2006: 208). Todo, aunque lo que se revele sea la verdad más terrible, una verdad sin concesiones ni condiciones. ¿Quién se atreverá a una verdad sin consecuencias?

Esta es nuestra herencia, ardua, difícil de sobrellevar, sin premio en la meta. Una Universidad en la que se proyecta la construcción de sujetos comprometidos, es decir, “libres de conocer, criticar, preguntar, dudar, sin estar limitado por ningún poder político o

religioso” (Derrida, 2007: 46). Ahora bien, nosotros en tanto docentes también debemos sentir como propio ese compromiso: ¿hasta qué punto estamos comprometidos en la misma tarea? Corresponde que cada uno, en la hora más oscura de la noche, encuentre su respuesta. Allí comprobará su competencia para estar en la Universidad.

Podemos vislumbrar en lo que venimos expresando un punto en común: la existencia de límites claros y precisos y a la vez la carencia de límites para reflexionar, dudar, discutir. Este es el corazón de la Universidad: una contradicción, una paradoja, el límite limitado por una ilimitación. En la Universidad existen muchas normas y obstáculos, pero hay algo que se sustrae a ser limitado por un mandato, por una orden superior, de la índole que sea: ser libre de decir todo lo que se considera verdadero. Lo que no significa tener allanado el camino para expresar cualquier cosa sino, por el contrario, implica la necesidad de sustentar las opiniones y los juicios en investigaciones concienzudas y atentas, garantizadas por ciertas pruebas que colaboren en la búsqueda de la verdad.

En este sentido lo que proponemos es una recuperación —contextualizada, histórica, ¿latinoamericana?—

del “concepto originario de Universidad” en el que “se encuentra esta reivindicación absoluta de una libertad incondicional de pensar, decir, criticar” (Derrida, 2007: 46) siendo conscientes del peligro que corren estas pretensiones y estas palabras de transformarse en un lugar común que produzca el efecto inverso, la inmovilidad, la terrible apatía. Sabemos del riesgo pero el objetivo vale la pena sobre todo compartiendo la idea de que “la Universidad sigue siendo el único lugar donde el debate crítico debe mantenerse incondicionalmente abierto” (Derrida, 2007: 47), más allá de exámenes, restricciones, incluyendo a profesores y alumnos, así como también a sus autoridades.

En definitiva, la Universidad es un lugar de tensiones constantes, ya que es siempre sobre un horizonte conflictivo que se activa la discusión productiva, crítica, y utilizando un término que quizás suene pomposo, revolucionaria. “Sigamos diciendo cierto sí” a la Universidad, a enseñar en la Universidad, a la manera de maestros ignorantes que permitan encontrar a los alumnos —y a ellos mismos— lo que nadie estaba buscando.

Nota

1. Al modo de Sócrates en el Fedón, junto a sus amigos, pronunciando una frase con la cual acordaríamos: filosofar es aprender a morir.

Bibliografía

DERRIDA, Jacques (2007). *Aprender por fin a vivir*. Buenos Aires: Amorrortu.

HEIDEGGER, Martin (1972). *¿Qué es pensar?* Buenos Aires: Nova.

SÓFOCLES (2006). *Edipo Rey* en A. Almanillo (traducción), *Obras Completas: Sófocles* (pp.189-256). Madrid: Gredos.